

SEGUNDO PUESTO

El prisionero de un tambor andante

Manuel Enrique de León Willis
Docente de Teatro
Vicerrectoría de Desarrollo Humano
teatro@uniagustiniana.edu.co

El tambor se sentía viejo y cansado, olía la tierra de sus antepasados y pregonaba en susurro el ritmo de las voces suspendidas en su memoria; ahí estaba el tambor, solo y sin compañía.

Un día, cuando la luz se asomaba por las nubes blancas que después llaman al aguacero, al centro del pueblo llegó un forastero que ahuyentaba a los goleros y enamoraba a las mariamulatas. Los pobladores no sabían si este hombre, venía de la sabana a orillas del Sinú, de la playa caótica y dragada, o de los cerros fríos del silencioso amanecer y del crepúsculo que se acerca; no, no sabían de dónde venía, solo sabían que estaba ahí, mirando cada piedra y cada hoja. Dámaso, un humilde poblador, salió a su recibimiento, y el forastero quedó encantado con cada palabra y frase del humilde poblador, que no hablaba, más bien, cantaba a la cadencia de un diálogo. Con ganas de conocer más el pequeño pueblo, se dispuso a subir una loma desde donde se podía apreciar en lo alto, y quedó tan embriagado de admiración por este hermoso lugar, que se dirigió hacia un arroyo de aguas cristalinas. Nadó como un niño, escaló por una pequeña piedra en la que brotaba una cascada y, desde ahí, se lanzó como una flecha directa al corazón de su enemigo.

Los pobladores reían, se dejaron contagiar de la alegría del forastero y decidieron, también, lanzarse al arroyo; todos, nadaron tanto, que se confundieron con un cardumen de bocachicos y mojarras lora.

Resulta que, después de dos días intensos de zambullirse en el arroyo, y cuando ya caía la noche, el forastero caminaba por las calles sin un rumbo fijo, pero vio una casita abandonada que le llamó la atención y se acercó a ella. La humilde casa tenía en la fachada restos de pintura, como si alguien le hubiera dado un brochazo sin intención de embellecerla. Abrió la puerta suavemente y entró a la casita, que resonaba con cada pisada. El suelo era rojo, una especie de plantilla de cemento bien hecha; las paredes eran de barro, que registraban un mapa de grietas sin fin; y el techo de palma seca, que

ya casi podía salir volando con el próximo ventarrón. Observó con prudencia, pero con demasiada curiosidad, y caminó hasta una habitación que almacenaba una pequeña cama de hierro con un colchón duro y viejo. En otro cuarto, que más bien parecía una bodega, había cosas echadas al olvido; se preguntó ¿quién abandonaría esta casita y todo lo que en ella habita? Pero decidió irse rápido, pues temía que alguien del pueblo le llamara la atención por entrar a una casa sin consentimiento de su dueño, aunque estuviera deshabitada.

Sin embargo, al intentar marcharse, escuchó un eco, un golpe que retumbaba en el barro seco de las paredes. El forastero miró hacia un rincón oscuro, de donde provenía aquel sonido. En la oscuridad, y sin ver absolutamente nada, estiró su mano y sintió una piel seca, dura y maltratada por el tiempo. Agarró aquel objeto con las dos manos y lo llevó a una ventana, a través de la cual, la luz de la luna lo ayudaría a ver con más claridad, pero su sorpresa y admiración fueron grandes al darse cuenta de que aquel objeto era un viejo tambor. Exclamó fascinado: ¡un señor tambor!

El forastero intentó salir de la casita con el tambor en sus manos, pero escuchó voces que se acercaban por la calle; decidió volver a la bodega de cosas olvidadas, dejándolo de nuevo en su lugar e irse a dormir a una casa que había arrendado por unos días. Durante toda la noche, su mirada fue como la de un búho, que mira insistente hacia un punto fijo. A lo largo de varias lunas, escuchó las percusivas palabras de un tambor que pedía ser salvado del olvido, y no dejaba de pensar en el sonido que estallaba en el silencio de la noche.

Un día, no aguantó más, y se dispuso a crear un plan, con el fin de ocultar el tambor en un lugar donde lo tendría hasta salir del pueblo e irse lejos. Sintió la necesidad de tenerlo a su lado y llevarlo junto a él a todos los lugares, pueblos y ciudades. Pues, ni corto ni perezoso, esperó a que llegara la noche y entró con prudencia absoluta a aquella casita, luego, al cuarto de cosas olvidadas, y agarró

el tambor con sus dos manos; parecía un niño con su primer regalo de Navidad. Al salir, caminó rápidamente entre las calles oscuras llevando el tambor en sus manos. Cuando llegó a su refugio, lo escondió entre sus pertenencias y lo cubrió con una tela de colores fluorescentes. Esa noche no pudo dormir, pensando en las aventuras, pero también en sus posibles desventuras, si no hacía las cosas con cautela e inteligencia.

Llegada la mañana, Dámaso, que tenía la costumbre de saludar en cada cálido amanecer, le tocó la puerta insistentemente; el forastero, lleno de miedo, no se atrevía a abrir la puerta, pues creía que alguien lo había visto con el tambor la noche anterior. Dámaso decidió asomarse por la ventana y vio al forastero sentado en la cama con los ojos abiertos como si hubiera visto un fantasma; le dijo en voz alta, ¿oiga, y usted no va a ir al arroyo?, lo estamos esperando, ¿se acuerda que nos prometió que hoy saltaría desde la loma de piedra? El forastero se sintió tranquilo, cambió el semblante de su rostro, y una sonrisa empezó a manifestarse, hasta convertirse en una loca carcajada. Se levantó como un rayo y salió de su casa corriendo hacia el arroyo.

Ese día, el pueblo lo esperaba y, cuando lo vieron llegar, nadie lo podía creer, parecía como si cada uno de los presentes tuviera la fortuna de ver a Batata de nuevo, alegrando el alma de los desafortunados. El agua del arroyo esta vez tenía la fuerza de un río enfurecido y había que nadar para poder cruzarlo y llegar a la loma de piedra; así era como sus pobladores le llamaban. La gente empezó a gritar, para darle valentía y coraje, pero él se sintió extraño, no sabía si salir corriendo a su casa y enclaustrarse, o aceptar el reto. No obstante, sin pensarlo, se despojó de su camisa y sus abarcas, observaba la fuerza y rapidez del agua y, al tiempo, miraba a los pobladores que pregonaban con voces de guerra. Aún no se decidía, pero todo cambió cuando las voces de los pobladores ya no fueron gritos, ahora se habían convertido en un canto, en un sonido tan

poderoso que movía su piel, su cabello, sus ojos, sus pies, sus manos. Agarró un poco de tierra amarilla, la apretó fuertemente, cerró sus ojos y empezó a moverse como un mapalé capturado, pidiendo ser devuelto al agua. Se movía tanto, que parecía un viento rebelde haciendo remolinos en la arena y, sin pensarlo, solo sintiendo, se lanzó al arroyo, nadó hasta la otra orilla, subió la loma de piedra y dio un salto que, ni siquiera Casimiro, el gran saltador de la población, había logrado.

Todos los presentes quedaron fascinados y ese día fue de fiesta. En la plaza, hicieron un sancocho de cinco carnes, hubo ron, cerveza y la música era de los tiempos del festival de música del caribe. La gente del pueblo bailaba con tanta fuerza y destreza que parecían no tocar el suelo. Al forastero lo sentaron en una gran silla, sobre la cual, solo sentaban a los triunfadores. La silla tenía patas de un metro cada una, un espaldar decorado con lentejuelas de colores y una gamuza vino tinto. Pero la mente del forastero no estaba ahí, pues él solo pensaba en su tambor.

Cuando llegó la noche y todos estaban ebrios, se levantó de la silla con cuidado y caminó despacio, pero luego, corrió con tanta rapidez, que ya no se vio más en el horizonte. Llegó a su casa y levantó la tela de colores fluorescentes, pero el tambor no estaba. Buscó ansioso por toda su casa, hasta que miró por la ventana y vio un rayo de luz, que parpadeaba en los matorrales, le llamó tanto la atención que decidió saber qué podría ser lo que había en ese lugar. Sin titubear, se acercó con cautela. La luz poco a poco fue revelando un enorme tambor, este era tan grande e imponente que superaba en altura al forastero y, sutilmente, se zarandeaba como si alojara en su interior un alma de movimiento constante.

El forastero acarició con cuidado el cuerpo de madera, las cabuyas gruesas de fique y le dio un toque al cuero templado con la palma de su mano, que fue suficiente para que el tambor resonara tan fuerte y se escuchara un retumbe tan grande, que la arena amarilla

de aquel lugar se levantó en forma de un remolino, que cubrió el pueblo por completo. La gente se despertó en medio del sueño que dan los tragos, se asustaron y corrieron como corderos huyendo del cazador. Entraron a sus casas, miraron hacia arriba y luego al horizonte como si conocieran la causa de todo ese caos. Dámaso, quien además conocía los secretos y las leyendas del pueblo, recordó la expresión de preocupación del forastero en días anteriores y, obedeciendo a sus sospechas, se dirigió a la vieja casa de Evaristo, quien había fallecido unos años antes.

Entre sus pertenencias dejó guardado su más preciado tambor, con el que había ganado varios festivales y fue en su tiempo el mayor tamborero de toda la región. Dámaso, empezó a buscar el tambor, pero se dio cuenta de que no estaba y enseguida recordó cuando el mismo Evaristo una vez le dijo: “El tambor llamará a su nuevo señor, y este se revelará ante él, y cuando esto suceda, todos serán testigos de su celebración, empezando con un gran remolino de arena, como si en el mismo Palenque bailaran tanto, que hasta la tierra se levanta para ser invitada”. Rápidamente fue al centro del pueblo, tal y como es la costumbre.

El centro del pueblo solo eran dos calles que se cruzaban, pero todo lo que acontecía debía ser solucionado en ese lugar. Los demás pobladores, al ver a Dámaso, se acercaron a él y trataron de llevárselo por miedo a que muriera en el remolino de arena, pero Dámaso se los impidió. En su lugar, en pocas palabras y con voz fuerte, les dijo que pregonaran hacia el norte donde el mar mueve las voces, y así lo hicieron, y de manera milagrosa, poco a poco el remolino de tierra se alejó, muriendo en los montes de María, y un silencio profundo se instaló en la ribera del arroyo, que permanecía inmóvil, pero tan inmóvil, como si una orden le hubiera sido dada.

Las familias, desde sus casas, miraron por las puertas entre abiertas, por las ventanas y por entre las sábanas. Algunos empezaron a salir

con los ojos tan abiertos que parecían linternas, algunas mujeres preñadas recibieron sus dolores a la misma hora, como si se hubieran puesto de acuerdo; las parteras prepararon sus remedios, sacaron las plantas medicinales de sus canastas y alistaron todo para los partos. Un niño, gritó: ¡mango, hay mango!, y los jóvenes, y adultos los recogieron casi todos; nadie se lo esperaba, la época de frutas se había adelantado, era un milagro. Las ciruelas y las guanábanas colgaban maduras solo para ser recogidas y se pudiera disfrutar de su pulpa. Los llantos de los recién nacidos se escucharon al mismo tiempo, las voces de alegría invadieron el ambiente, el arroyo empezó a correr como río embravecido y los cantos de mujeres y hombres hacían feliz el alma.

De pronto, en medio de la alegría, se vio a los lejos la figura de un hombre que se acercaba arrastrando un huacal. Ese hombre empezó a ser reconocido, sí, era la figura de Evaristo, el gran tamborero, y dentro del huacal venía el forastero pregonando; no se sabía que decía, nadie le entendía, era un sonido, una percusión, un golpe de tambor a voces. Los pobladores no lo podían creer. Mientras tanto, Evaristo miraba a cada uno, pero de repente, un trueno se escuchó en el cielo y un relámpago apareció con su gran destello. Llenos de miedo, todos cerraron sus ojos y, al abrirlos, ya Evaristo no estaba. Ahora, vieron frente a ellos un tambor con la piel ardiendo en fuego, pero no se quemaba. Un hombre agarró un balde con agua, y amagó lanzarla para apagarlo, pero Dámaso lo detuvo y dijo: hay que dejar que el fuego afine el cuero.

Cuando el forastero fue sacado del huacal, este no dejaba de sudar, pidió un poco de agua y se la bebió en un instante. Sin tomar descanso, señaló a un joven, le pidió que tocara el tambor, pero este se rehusó pues tenía miedo de quemarse, pero el forastero le insistió tanto, que el joven sacudió sus manos y fuertemente dio un golpe al tambor, que apagó el fuego instantáneamente. Siguió tocando de manera tan descomunal, que sus propias manos se pusieron rojas

como carbón ardiendo. El forastero, al escuchar el ritmo del tambor, empezó a bailar, no paraba, era un cuerpo desaforado sin control. La gente lo rodeaba, pues se sentían atraídos por la euforia. Veían en aquel hombre, a un mítico personaje de los que tanto les hablaron sus ancestros cuando, aún en la época de las alegres ambulancias, Graciela cantaba el lumbalú, que despertaba a borrachos y movía las ramas muertas; cuando Batata tocaba el tambor sin descanso; cuando Pambelé daba una trompada y nadie se levantaba; cuando la champeta se bailaba en una sola baldosa; cuando el bantú se resistía a desaparecer; cuando las cocadas, las alegrías y el tamarindo con azúcar se vendía como pan caliente; cuando el tambor era de todos y no de pocos; cuando no nos daba pena mover los pies con el retumbe de la África casi olvidada; cuando la lengua heredada de los esclavos era nuestra madre.

Así, así de esa manera, todos admiraban a este hombre que llevaba un color y un ritmo por dentro, un hombre común y corriente.

Evaristo y los anteriores a él lo habían profesado que el mismo Benkos Biohó, antes de unirse a la eternidad de las almas, dijo que la libertad de un hombre llegaría cuando este fuera prisionero de un tambor, que camina, que es juglar de la tierra, que es alegría y tristeza, que mueve hasta lo inerte con el estallido de su voz, que entra en las venas y nunca se va, que se une a sus genes y está presente hasta en las generaciones próximas.

Así fue como lo logró este hombre, un simple forastero, un visitante, un caminante, un viajero de viajes sin fin, un aventurero sin libros escritos, sin biografía plasmada en papel, solo en la memoria de los que lo vieron y bailaron junto a él sin descanso día y noche, prendieron fogata cuando la luna no estaba ahí, sino en sus salidas nocturnas de sinvergüencería. En el día, el sol calentaba tanto para que se cansaran rápido y se callaran; pero no había poder que los enmudeciera y, mucho menos, los parara.

Después de varios días de tanto celebrar, y cuando ya los cuerpos no pudieron más y fueron vencidos por el cansancio y el sueño, el forastero, que ahora era un prisionero del tambor, salió caminando por el sendero en el que las aguas se estancan cuando llueve sin parar. Miró hacia atrás, sonrió y dijo: voy a la fiesta, aún me esperan. A lo lejos, se fue perdiendo en el horizonte y, al despertar, todos los pobladores lo buscaron sin encontrarlo. Solo escucharon a Dámaso que dijo: “el prisionero del tambor andante volverá”.

Los pobladores de aquel pueblo, en donde sucedió toda esta historia, aún dicen que cada año el prisionero vuelve a alegrar con tambor y baile los días en que el sol sale tan brillante, que se engalana para la luna coqueta.

Fin